



*DE PRECISOS, ESPURIOS Y PARIAS. UN LIBRO
GOZADOR**

Ma. Guadalupe Rodríguez López

*Reseña del libro: *De precisos, espurios y parias: 200 años del presidencialismo en México*. México: Malpaís Ediciones, 2016.

OCHENTA PRESIDENCIAS, incluidas las repetidas –cuando aún se valía repetir– las ganadas a la buena y perdidas a la mala, las que hubieran sido y no fueron porque balearon a los presidenciables, las fugaces que duraron uno, dos o nueve días, y aún la brevísima asunción de Lascuráin a la presidencia por 45 minutos; las presidencias de los feos y de los agraciados, los interinos, los trashumantes y el «legítimo»: todas las presidencias de México en doscientos años están en este libro. Y entre tanto varón, sólo dos mujeres son citadas en las páginas del texto: una de ellas es Carlota, la emperatriz esposa de Maximiliano; en este caso nos preguntamos si su inclusión como consorte entre los gobernantes de México atiende a que el título de Emperatriz era sinónimo de cogobierno, o simplemente porque Maximiliano era así de compartido con el poder. De ser lo segundo, echaríamos en falta a mujeres tan protagónicas en sus papeles de *prima donna* como la Compañera Esther o Martita Sahagún quienes, con su estilo personal, de algún modo se encaramaron en la silla presidencial. Irma Serrano, la Tigresa, es la otra mujer mencionada en el libro, sólo para afirmar que su «tormentoso» romance con Díaz Ordaz fue «el peor gazapo» de la administración del presidente Gorila, así llamado por el resentimiento popular, por represor y por feo, como dicen los autores. El asunto es que, en esto del poder, las mujeres no figuran, aunque todas, sin duda, hicieron lo suyo.

Una historia del poder es este libro, en el que, de manera rápida se dice cuánto y cómo gobernó cada *preciso*, qué bandera enarboló, qué mote se le colgó, de qué pata cojeó o cuál mano le faltaba. En textos cortos y viñetas tamaño media carta, los autores proporcionan datos suficientes para conocer, de una sentada, cómo en doscientos años se componían y se descomponían las cosas del país, y cómo, en medio de ello, se fue sedimentando la idea omnímoda del poder presidencial: «La imagen del patriarca, del redentor, heredada por la cosmovisión de las civilizaciones originarias y por los españoles, debilitó el hecho de que el poder pertenece siempre al pueblo».

Finalmente, ese es el *quid* de la obra: un mordaz recordatorio de que esa representación del poder ha sido elección del pueblo, y como tal, tiene el poder de removerla: «La sedición es un arma limpia, pulcra, que sirve para esgrimir y señalar al poder que se corrompe». Y en congruencia, en un acto sedicioso, los autores, colocados del lado mayoritario, con el arma blanca de la investigación acuciosa afilada con ironía, bajan del estrado a ese poder que, por absoluto, en el curso de dos siglos devino autoritario. Abriendo un cauce indebido para fluir sin límites, el poder acabó desbordado e incontenible. Los historiadores exhiben a los ochenta gobernantes con sus trapitos al sol, mientras que los ilustradores los pintan como los ven, o como se figuran que eran: con imágenes hórridas, chuscas, grotescas o sombrías, como en la trazada sobre el Bombón Peña. Es mérito artístico caricaturizar a «algunos de los principales culpables del estado actual del país» y concretar algo que mana a borbotones: el «mal humor social» del que hablara hace no mucho el *preciso*, hoy en funciones. A ese «mal humor» sin embargo, le tuercen el rabo los autores y entre la historia y el arte, logran roturar una vertiente lúdica para hacer fluir el enojo. La irritación social hacia el poder se expresa en este libro mediante una sátira ilustrada (en el doble sentido de la acepción). Con la destreza del mexicano que conoce el arte de darle la vuelta a la tortilla, los autores hacen que su malestar, que es el de los mexicanos, se torne risa y buen humor. Una especie de libro catártico, en el que con seriedad leemos: «Provenimos de esa historia cruenta, del poder corrompido en cada una de sus estructuras» para enseguida *desfacer* el ceño al topar con la imagen del adalid Agustín de Iturbide, coronado emperador con un mexicanísimo nopal; no más de quince líneas dan cuenta entera de su efímero gobierno. Y desde aquí empieza la risa: un recurso vital para sobrevivir los desastrosos resultados de un presidencialismo mexicano que lleva doscientos años desbrujulado. Ciertamente, entre los presidentes que se sentaron y a los que les agandallaron la silla, encontramos diferencias y matices, pero es tan fuerte el registro de las malas acciones en la consciencia ciudadana, que el manto del enojo cobija al presidencialismo en general; como bien sabemos, decir político es decir corrupto; y decir presidente o gobernante es decir inepto.

De precisos, espurios y parias es el título con el que los autores bautizaron el libro, bajando del pedestal, con ese aparentemente simple hecho, la figura del poder presidencial. Esta obra es, pues, una historia del poder sin podio. Pero también es una historia en la que se hace presente el poder de la crítica, y el poder del enojo ciudadano. (Díganlo si no, los resultados electorales del 2016 en Durango). Aunque está implícito el malestar producto de la impotencia, el sarcasmo con el que se retrata a los presidentes de México no es, de ningún modo, simple enojo o mala leche: textos e imágenes vienen precedidos por investigación. Nadie inventó las fechas ni las fachas de cada presidente, nadie inventó sus apodos, aunque se hayan regodeado en ellos; simplemente se historió de manera diferente. Las preguntas hechas a los documentos fueron innovadoras, mientras que las formas de plasmar las respuestas encontradas fueron inusuales.

De precisos, espurios y parias nos muestra otro modo de hacer las biografías del poder; diferente a las biografías oficiales, hechas a modo del poder a quien sirve el biografiado; distinta también a las hechas desde la academia, objetivas –hasta donde se puede– y circunspectas. Este es un libro hecho para divulgación, antisolemne, juguetón, sin citas ni bibliografía, documentado sin presumirlo, porque no lo necesita. Once profesionales de la historia, del dibujo y del sentido del humor, innovan y reinventan miradas, para ventear con aire fresco las numerosas y siempre inacabadas visiones del pasado.

En el plano de la historiografía el libro ofrece otra forma de ir al pasado: una, en donde ilustradores e historiadores son todos autores que con sus recursos, lenguaje y métodos, cuentan al alimón una sola historia. Historiadores e ilustradores dialogan dentro de la mejor tradición de la historiografía del último siglo, pero más novedoso aún resulta el diálogo que entablan con los sentimientos; los autores dialogan con el «mal humor», con el malestar y la impotencia de los mexicanos, sentimientos que son plasmados –en el mejor de los modos– en las páginas de su libro. También conversan con el humorismo, juegan con él y le sacan lo mejor para narrar la historia del poder con el lenguaje inteligente y no pocas veces cruel, de la ironía. El libro es así una suerte de *desquitanza* frente al secular abuso del poder. Dientones, colmilludos, insulsos o cacarizos, bizcos y narigones, son las formas

con que los ilustradores escriben las biografías de los presidentes del país. Los viriles uniformes militares son rediseñados por los dibujantes que, junto a las honoríficas medallas y en lugar de botones, así como en corbatas y bandas presidenciales, pintaron caritas felices o emoticones, mientras los historiadores les iban colgando sus apodos.

Anastasio Brutamante o *El Picalugano* era Anastasio Bustamante. *Gómez Furias* le decían a Valentín Gómez Farías. *El Quince Uñas*, al cojo Antonio López de Santa Anna. *El Llorón de Icamole*, al recio Don Porfirio. *El León de las Montañas* llamaban a Juan Nepomuceno Méndez, aunque –a decir de los autores– acabó en la historia como «perrito faldero» de Don Porfirio. *El Enano del Tapanco* era el apodo de nuestro ilustre Madero, aunque los que sí lo querían le llamaron *El Apóstol*. El conocido alias de *El Chacal*, por algo le tocó a Victoriano Huerta. *El Barbas de Chivo*, a Carranza. *El Bárbaro Ladrón* seguro era sólo porque rimaba con Álvaro Obregón. Plutarco Elías Calles se lleva la tarde de los apodos: *el Turco*, *el Anticristo*, *el Bolchevique*, *el Jefe Máximo*, y *el Comecuras*, entre otros. Emilio Portes Gil era *El Manchado*. *El Nopalito*, Pascual Ortíz Rubio, ¿por qué?, por lo «baboso», dicen los autores. El primer presidente narco que registra el libro es Abelardo L. Rodríguez, quien fue conocido como «*el Pelele*». La adustez de Tata Lázaro le ganó el mote de *La Esfinge de Jiquilpan*. Ávila Camacho por ordenar ponerle calzón a la Diana Cazadora. El presidente de la sonrisa fácil, *Adolfo López Paseos*. *Luis el Sucio* es un agregado cultural de los autores para Luis Echeverría por su «Guerra sucia». *Chachalaca* fue el mote que *El Peje* le puso a Fox.

Que el libro nos haga reír a carcajadas es también parte, sin duda, de la novedad historiográfica de este libro. Por lo demás, los autores ahí están, con sus nombres citados en la página legal por orden alfabético de apellido; el libro es de todos, no hay autor principal, ni segundo ni tercero; todo es de todos: mérito y crítica les toca a todos por igual. Una actitud intelectual que habrá que valorar y reproducir.

A partir de las presidencias y los presidentes, con sus respectivas fechas de inicio y término, el libro deja delineada una periodización de los vaivenes del poder. De 1822 a 1861 se extiende un prolongado caos institucional de cuarenta años, con casi cuarenta presidentes; uno por año en promedio, aunque hubo los que

duraron siete, ocho o nueve días, un mes o hasta cuatro años y medio, en el caso del primer presidente mexicano, más conocido por su alias: Guadalupe Victoria. Un desorden de cuatro décadas en el que, ora se sepultaba a la República Federal, ora la pierna de Santa Anna; un día se derrotaba al clero y al siguiente subía al poder; ora rifaban las leyes centralistas, aunque ondearan las banderas federalistas. El caos parece contenerse en 1861, en que la institución presidencial se asienta por un prolongado período de cincuenta años; primero los gobiernos de los reformadores Juárez y Lerdo de Tejada, que entre elección, exilio y reelección, duraron quince años en el poder, aunque tres fueran compartidos de mala gana con Maximiliano. El medio siglo lo completa Don Porfirio, con sus 33 años, entre su asiento y el de los que le cuidaron la silla. Don Porfirio se encariñó con el poder y se mareó con la modernidad, olvidando –como todos– que su mandato se lo debía al pueblo. Así comenzó la Revolución y, con ella, otro rato de desorden y presidencias inestables y fallidas: Madero traicionado y asesinado, Huerta huido, Obregón también balaceado, Vasconcelos, agandallado y convertido en «paria», Ortíz Rubio y Calles, exiliados.

Fue hasta 1934, con la presidencia de Lázaro Cárdenas, que la vida institucional se estabilizó; los sexenios se inauguraron a partir de Cárdenas (1934-1940). Pero hay que reconocer que esa permanencia institucional, instaurada desde el sexenio del Tata hasta Peña Nieto (si la libra) fue autoría, en parte, de Plutarco Elías Calles, al fundar en 1929 el PNR, abuelito del PRI. El Partido (PNR, PRM y PRI) fue el instrumento idóneo de control de los distintos sectores de la población, a favor del máximo poder, depositado en la figura del Presidente de la República. Fue así como se normalizó la vida institucional, pero fue así también como los presidentes comenzaron su «carrera de bandidos», por decir lo menos. Y no es que fueran diferentes a sus antecesores, sólo que ahora eran bandidos institucionales. Mencionan los autores que el PNR «estrenó sus mañas» con Vasconcelos, quien –sabemos– perdió fraudulentamente la presidencia de México en 1929. Desde entonces, nos dice esta obra –y la realidad misma– «el fraude electoral se transformó en el centro de la política mexicana, en el hijo predilecto de la clase gobernante». El PNR fue la jugada maestra para estabilizar las instituciones, para controlar a las

masas y para mantener la presidencia bajo un solo sello partidario; todo ello sin embargo, concentró de tal forma el poder que los gobernantes se volvieron intocables, lo que fue simiente mejorada para la corrupción sin límites. El PNR dejó minado el camino de la democracia por setenta años, con sus inevitables secuelas hasta hoy día.

Los autores se siguen, contando los milagritos de todos los sexenios hasta llegar al del actual *preciso*, quien llegó al poder con un México que se había hecho ya de algunas canicas para el juego de la democracia; los triunfos de Cuauhtémoc Cárdenas y de López Obrador que, mediante el fraude se les hizo de agua para que ganara el PRI, el asesinato de Colosio, también «a favor» de las mafias del PRI, y la llegada del PAN a los Pinos, por primera vez en su larga vida, mostraban a un país que no quería más de lo mismo. Pero el desencanto que dejaron los gobiernos de la alternancia, con los *paneques* al frente, abrieron de nuevo la puerta al PRI, con su candidato Televisa. Sin embargo, el Bombón reformador y salvador de un México vapuleado por la pobreza, la corrupción y el narco, no dio el ancho, de suerte tal que a mitad de sexenio rompió el récord de impopularidad. Las medallas no le caben en el pecho, por lo que los ilustradores las colocaron como telón de fondo donde podemos ver: Libros leídos, Atenco, auto defensas, feminicidios, baños de la Iberoamericana, Elba Esther Gordillo, Caro Quintero, reformas estructurales, la Casa Blanca y los 43, por citar sólo la mitad de los méritos que acompañan su imagen en este libro. A modo de moraleja el libro cierra con un cándido Pinocho, con una nariz crecida y coronado con la emblemática figura del águila sobre el nopal devorando a la serpiente.

Bienvenido este libro de Aquiles Ávila, Claudia Ceja, Sebastián Rivera, Regina Tapia, Abraham Díaz, Jayme Sifuentes, Mariana Villanueva, Santiago Robles Bonfil y nuestros coterráneos Pavel Navarro y Santiago Solís. El libro no tiene desperdicio, léanlo para exorcizar el «mal humor».